

Modos de ser

El charme de Carlos Fuentes

Ignacio Solares

A mediados de los años setenta se filmaron en nuestra capital algunas escenas de la película *El asesinato de Trotsky*, dirigida por Joseph Losey, y con un reparto estelar: Richard Burton, Alain Delon y Romy Schneider. Se esperaba mucho de la película —Losey era un gran director—, pero la verdad es que resultó bastante malita y no logró mayor trascendencia.

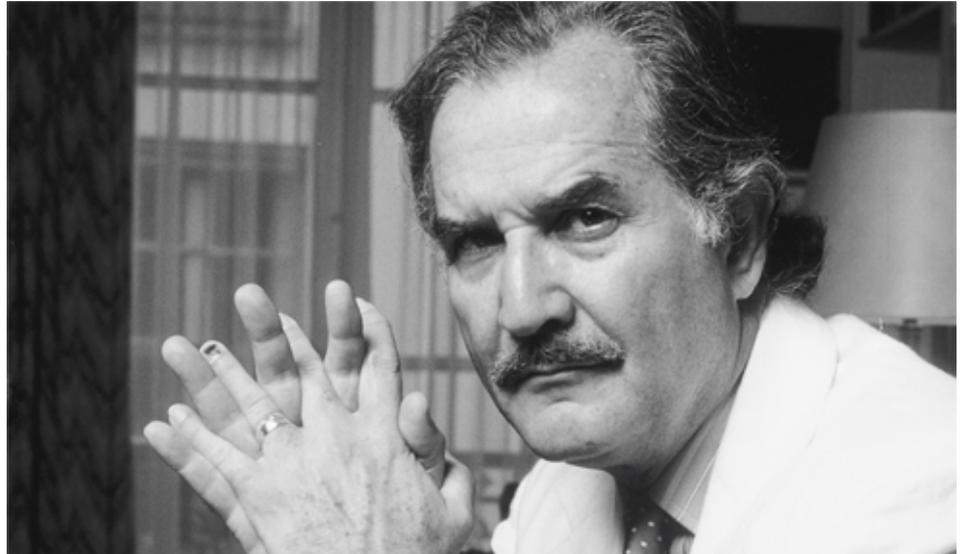
Una noche, el grupo de actores y su director asistieron al centro nocturno La Edad de Oro —nombrado así por la famosa película de Luis Buñuel—, ubicado entre la avenida Morelos y la calle de Abraham González. Estaba de moda y en algún momento había que hacer reservaciones con varios días de anticipación para encontrar una mesa, en especial las que estaban cerca del escenario.

El espectáculo lo encabezaba Óscar Chávez, en compañía de Lilia Aragón, Sergio Klainer, Gastón Melo, Beatriz Sheridan, Ernesto Gómez Cruz y Martha Ofelia Galindo, entre otros. Habían debutado, años antes, en lo que había sido el Café Colón, en Paseo de la Reforma, auspiciados y dirigidos por Juan Ibáñez.

Participaron en la película *Los caifanes* con gran éxito, y la verdad es que tanto en la calle de Reforma como en la avenida Morelos hicieron época, en especial gracias a las canciones de Óscar Chávez, como aquella, ya clásica, de “Por ti”.

Por cierto, en el baño para caballeros de La Edad de Oro, el de la avenida Morelos, había un escusado, arriba del cual estaba resaltada una foto de Díaz Ordaz, con la mano tendida. Naturalmente, resultaba una experiencia muy especial utilizar ese escusado.

Apenas nos enteramos de que el grupo de actores de la película sobre el revolu-



Carlos Fuentes

cionario ruso con su director asistirían a ver el espectáculo, Vicente Leñero y yo —que trabajábamos en el *Excelsior*— le hablamos a Juan Ibáñez para que nos consiguiera una mesa, lo que hizo amablemente.

El lugar estaba repleto, había un gran ambiente, y en un lugar especial muy cerca del escenario, estaban las luminarias de *El asesinato de Trotsky*.

Los ojos de los asistentes, incluidos los míos, se posaban en la gran belleza de Romy Schneider, quien se mostró muy amable con Leñero y conmigo cuando Juan Ibáñez —cómo agradecerse— nos presentó con ella y con el resto del grupo. A cierta edad, yo me enamoraba fácilmente de las actrices que me cautivaban en el cine, lo que consiguió Romy desde que protagonizó a la emperatriz austriaca Sissy. Sus ojos verdes destellaban de romanticismo y de sensualidad, aunque desde entonces se adivinaba en ella una cierta melancolía.

Poco antes de que empezara el espectáculo llegó Carlos Fuentes, acompañado de José Luis Cuevas.

Apenas lo descubrió, Romy Schneider se puso de pie y pegó un grito que pudieron escuchar los que estaban en las mesas cercanas y quizá lo escucharon los que estaban en las mesas no tan cercanas:

—¡Carlos Fuentes!

Se puso de pie y fue a saludarlo con un abrazo y un par de besos en las mejillas (Leñero aseguraba que uno de los besos se lo había dado en la boca, o cerca de la boca). Lo tomó del brazo y lo llevó a su mesa, en donde tuvieron que acomodar las sillas para que quedara a su lado (al otro lado de ella estaba Alain Delon). A José Luis Cuevas lo ubicaron en otra mesa.

Pocas veces envidié tanto a Carlos Fuentes, con todo y la gran admiración que tengo por algunos de sus libros.

Pero, bueno, ya desde la dedicatoria que puso en su novela *Cumpleaños* (una de sus mejores novelas, por cierto) podía adivinarse el charme que tenía Carlos Fuentes con algunas famosas y bellas actrices:

“A Shirley MacLaine, en recuerdo de la lluvia en *Sheridan Square*”. **U**